

grave y reposada en todas sus resoluciones, y tiene que moderar lo que no es según el dictamen de la recta razón, ya sea por exceso, ya por defecto; mas ¿dónde están, amados hijos míos, dónde están esos cristianos que arrebatados de un celo indiscreto, se exponen á grandes peligros por defender la causa del Señor? Por doquiera hallamos muchos que son tímidos en demasía, indignos vergonzantes, ó bien traidores á la fe que profesaban; mas en ninguna parte se dejan ver los audaces; y si esto llegara á suceder, no faltaría quien les dijese: Volved la espada á la vaina, que las armas con que combatimos no son carnales sino espirituales, poderosísimas en Dios para derrocar fortalezas, destruyendo los proyectos humanos y toda altanería que se engríe contra la ciencia de Dios.

¡Oh santa fortaleza, ¿por qué así te has alejado de nosotros cuando nos invade el miedo, y llega al corazón el frío que sienten los cobardes?

Revistámonos, amados hijos míos, de santa fortaleza y de toda la armadura de Dios para poder contrarrestar los asaltos de nuestros enemigos, para resistir en el día aciago y estar prevenidos para todo. Estemos firmes, tengamos á nuestro lado la verdad; no abandonemos la justicia, hagamos en todo tiempo con espíritu y fervor, continuas oraciones y plegarias; velemos con todo empeño y roguemos por todos los fieles. Tales son nuestras armas y los medios de que debemos valernos para obtener el triunfo; no las asonadas, ni las revoluciones, pues bien sabemos que es preciso obedecer á toda potestad legítimamente constituida, según estas palabras de San Pablo: Toda persona esté sujeta á las potestades superiores, porque no hay potestad que no venga de Dios, y Dios es quien ha establecido las que hay en el mundo: por esto quien resiste á la potestad resiste á la ordenación de Dios; y los que le resisten ellos mismos atraen

sobre sí la condenación. . . . . Por tanto, es necesario que le estéis sometidos, no solo por temor del castigo, sino también por obligación de conciencia (1). Estad sumisos á toda humana criatura, dijo también San Pedro, y esto por respeto á Dios; ya sea al rey como que está sobre todos; ya á los que gobiernan como puestos por él para castigo de los malhechores y alabanza de los buenos; porque así es la voluntad de Dios, que obrando bien hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes; como libres sí, mas no tomando la libertad como un velo para cubrir la malicia, sino como siervos de Dios.

Las armas con que combatimos son la verdad y la justicia. Debemos defender nuestros derechos con santa libertad, con elocuente palabra, con indomable energía; más todo esto sólo en el terreno legal. Si obtenemos el triunfo bendecimos al Señor; si sucede lo contrario, la fortaleza cristiana nos da paciencia, nos da también perseverancia en lo que tengamos que sufrir por causa del Señor. Si se nos exige alguna cosa contraria á nuestros deberes, la fortaleza pone en nuestros labios estas hermosas palabras de los libros santos: Es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres (2).

Sabiendo ya cuales son nuestras armas y la manera con que es necesario pelear, deponiendo, según la expresión del Apóstol, todo el peso del pecado que nos cerca, corramos con paciencia al combate que nos está propuesto; poniendo los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesús, el cual en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia, y ahora está sentado á la diestra del trono de Dios. Consideremos atentamente al Señor que sufrió tal contradicción de los pecadores con-

(1). Rom. XIII, 1-5.

(2). Act. V, 19.

tra su misma persona, para no desmayar perdiendo el ánimo; pues aun no hemos resistido hasta derramar la sangre combatiendo el pecado. Combatamos enhorabuena, mis amados hijos, combatamos por la causa de Dios con las armas de la verdad y la justicia; mas es indispensable hacerle con gran valor y constancia. El Dios de las batallas no quiere á los cobardes en las filas de su ejército. Recordad si no lo que en otro tiempo ordenaba Dios cuando los israelitas tenían que combatir: Al acercarse la hora del combate, se dice en el Deuteronomio, se pondrá el sacerdote á la cabeza del ejército y hablará al pueblo de esta manera: Escucha, oh Israel: Vosotros entráis hoy en batalla contra vuestros enemigos; no desmaye vuestro corazón, no os intimidéis, no volváis pie atrás, no los temáis; porque el Señor Dios está en medio de vosotros y peleará por vosotros contra los enemigos para libraros del peligro—Los capitanes al frente de sus respectivos escuadrones gritarán de modo que todos les oigan: . . . Si hay algún cobarde y tímido de corazón, retírese y vuelva á su casa, para que no comunique á sus hermanos el miedo de que está poseído (1).

### LA IMPAVIDEZ.

La codicia, la disipación y otras causas, vuelven al cristiano, insensible, indiferente á los verdaderos intereses de su alma, alejando de esta el santo temor de Dios; nada se atiende ni se teme; y todo esto es vicioso y culpable, nos dice el Angel de la Escuela, ya sea causado por defecto de amor, ya por la presunción del ánimo, ya por la estupidez, la cual sin embargo, excusa de pecado si es invencible (2).

(1). XX. 3—8.

(2). 2. 2. Q. 126, A. 1.

¿Con qué podrán remediarse tan funestos males? Con la fortaleza cristiana, mis amados hijos; que venga en nuestro auxilio y triunfaremos de todo; porque así como ella sabe alentar al tímido y cobarde, y refrena al atrevido, así también conmueve y estremece al hombre impávido y le llena de los santos terrores del Señor. Ella le inspira las más graves y serias reflexiones, y con voz de trueno le habla en estos términos: El que está sin temor no puede ser justificado. Hombre impávido, ¿pretendes despreciar las riquezas de la bondad de Dios, de su paciencia y largo sufrimiento? ¿no consideras que la bondad de Dios te está llamando á penitencia? Tú sin embargo, con tu dureza y corazón impenitente vas atesorando contra ti, ira y más ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios, el cual dará á cada uno según sus obras, la vida eterna á los que por medio de la perseverancia en las buenas obras aspiran á la gloria, al honor y á la inmortalidad; y derramando su cólera y su indignación sobre los rebeldes que no se rinden á la verdad, sino que abrazan la injusticia; así es que tribulación y angustia vendrá sobre todo hombre que obra mal. . . . para con Dios no hay acepción de personas (1).

Nos parece, mis amados hijos, que lo que hemos dicho hasta aquí es más que suficiente para demostrar que nos es enteramente necesaria la fortaleza cristiana; mas no es solamente su necesidad la que debe obligarnos á trabajar cuanto esté de nuestra parte, para adquirir tan excelente virtud, sino también sus otras cualidades. Vedla resplandeciente de luz y de belleza, y engalanada con todos los encantos del amor; por esto la llamó S. Agustín, amor que sufre por causa de su amado (2). Reflexionando en esto, su atractivo nos parece casi irresistible, pensamos en Jesús, y un entusiasmo

(1). Rom. II, 4—11.

(2) De morib. Eccle.

sagrado por defender su santa causa se apodera de nosotros, y conocemos que el amor es fuerte como la muerte; que es sufrido y sabe soportar todas las adversidades y contradicciones; es dulce y sabe hacer el bien; carece de envidia, no se precipita ni es temerario; no se ensoberbece, no es ambicioso ni busca sus propios intereses; no se irrita ni piensa mal; no se alegra de la injusticia, mas tiene su complacencia en la verdad; á todo se acomoda, todo lo cree y lo espera todo; y en fin, es inmortal.

La fortaleza sabe alentarnos con todos los consuelos de la esperanza cristiana; pues tenemos un poderosísimo consuelo, los que consideramos nuestro refugio y ponemos la mira en alcanzar los eternos bienes (1).

Ciñe la fortaleza su altiva y noble frente con los laureles del triunfo recogidos por la fe cristiana, á cuyos combates asiste con admirable denuedo. Ved á los hombres de Dios ejercitando la justicia, alcanzando las promesas, cerrando las bocas de los leones, extinguiendo la violencia del fuego, librándose del filo de la espada, esforzados en la guerra y desbaratando ejércitos contrarios; ved otros sufriendo escarnios y azotes, las cadenas y la cárcel; apedreados, aserrados; puestos á prueba de distintos modos; muertos por el testimonio del Señor; anduvieron errantes, desamparados, angustiados, maltratados; el mundo no era digno de ellos; iban por las soledades, por los montes, y se recogían en las cuevas y en las cavernas de la tierra (2).

Ved á la fortaleza junto al cadalso de los mártires cristianos; vedla y admirad de nuevo su celestial belleza. Ni un momento palidece su semblante. Llena de majestad y de firmeza los alienta y sostiene con su voz. Sufriréis, les dice, sufriréis un dolor pasajero; mas después os pondrá el

(1) Eph. VI. 18.

(2) Heb. XI 33 38.

Señor bajo la alianza de la vida eterna (1). Ella recoge en copa de oro la sangre que mana de las heridas de los mártires, enjuga el sudor de sus frentes y les llena de interior consuelo; les da una invencible paciencia, y con ellos persevera para recoger su último aliento y llevar entre sus brazos hasta el cielo á los que así murieron por causa del Señor.

La fortaleza cristiana no sólo se presenta al lado de los mártires; asiste también al confesor, y vela por la inocencia de la vírgen; y por doquiera que pasa, va derramando la luz y la fuerza, el consuelo y la paz; y lleva en su brillante séquito la magnanimidad que va alumbrando todos sus senderos con el resplandor de sus nobles acciones; la magnificencia, espléndida y gloriosa en todos sus designios; la paciencia que consigo trae los santos frutos de los trabajos y persecuciones que ha sufrido por la causa de Dios; y la perseverancia, en fin, que señala allá á lo léjos, la rica y espléndida corona preparada en el cielo á la virtud.

La fortaleza no ha nacido en la tierra donde sólo hallamos debilidad y miseria. El triunfo, decia Judas Macabeo, no depende en los combates de la multitud de tropas, sino del cielo de donde viene toda la fortaleza (2). Y David: El Señor es mi fortaleza y mi gloria; el Señor se ha constituido mi salud (3); y S. Pablo nos dice también que Dios nos ha dado la victoria por Nuestro Señor Jesucristo (4).

Sírvanos lo que hemos dicho para humillarnos aun en medio del triunfo; reconociendo que no por la robustez de nuestro brazo, sino porque el Señor nos dió la fuerza hemos alcanzando la victoria (5). Y á la hora del combate sírvanos también para pedir al Señor los auxilios de su santa gracia.

(1) II. Mach. VII, 36.

(2) I. Mach. III, 3.

(3) Ps. G X VII, 14.

(4) I. Cor. XV, 57.

(5) Deuter VIII, 17, 18.

Si la fortaleza tan hermosa y santa como es en sí misma, tan agraciada y perfecta, levanta sus ojos al cielo, cautiva las miradas del Señor; si se vuelve á nosotros esa noble virtud, nos enriquece con preciosos dones; su mano prepara las riquezas y los esforzados las consiguen (1); y si la seguimos en todos los caminos de la vida, al terminar nuestra carrera, hará que arrebatemos el reino de los cielos, que se alcanza á viva fuerza; y que los esforzados lo arrebatan (2).

Que nunca, pues, amados hijos míos, se separe de nosotros la fortaleza cristiana; y que en todo tiempo podamos decir al Dios de las batallas: Nuestro corazón está preparado, está dispuesto para pelear por vuestra causa.

Al terminar esta carta os diré con San Pablo (3): Rogad por todos los fieles y también por mí, á fin de que se me conceda el saber desplegar mis labios para predicar con libertad y valor, el misterio del Evangelio, del cual soy ministro, aunque en verdad muy indigno, y el último de los siervos de Jesús.

Paz á todos vosotros, mis queridos hijos, y caridad y fe de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo. La gracia sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesucristo con toda pureza. Amén.

La presente Pastoral será leída inter missarum solemniter, el primer Domingo después de su recibo en nuestra santa Iglesia Catedral y en todas las parroquias de la Diócesis.

Dada en nuestra Casa Episcopal de Culiacán, fiesta de la

(1) Prob. X, 4—XI, 16.

(2) Matt, XI, 12.

(3) Eph. VI, 19—24.

Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, á 17 de Abril de 1892.

† José María de Jesús,

OBISPO DE SINALOA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tollez

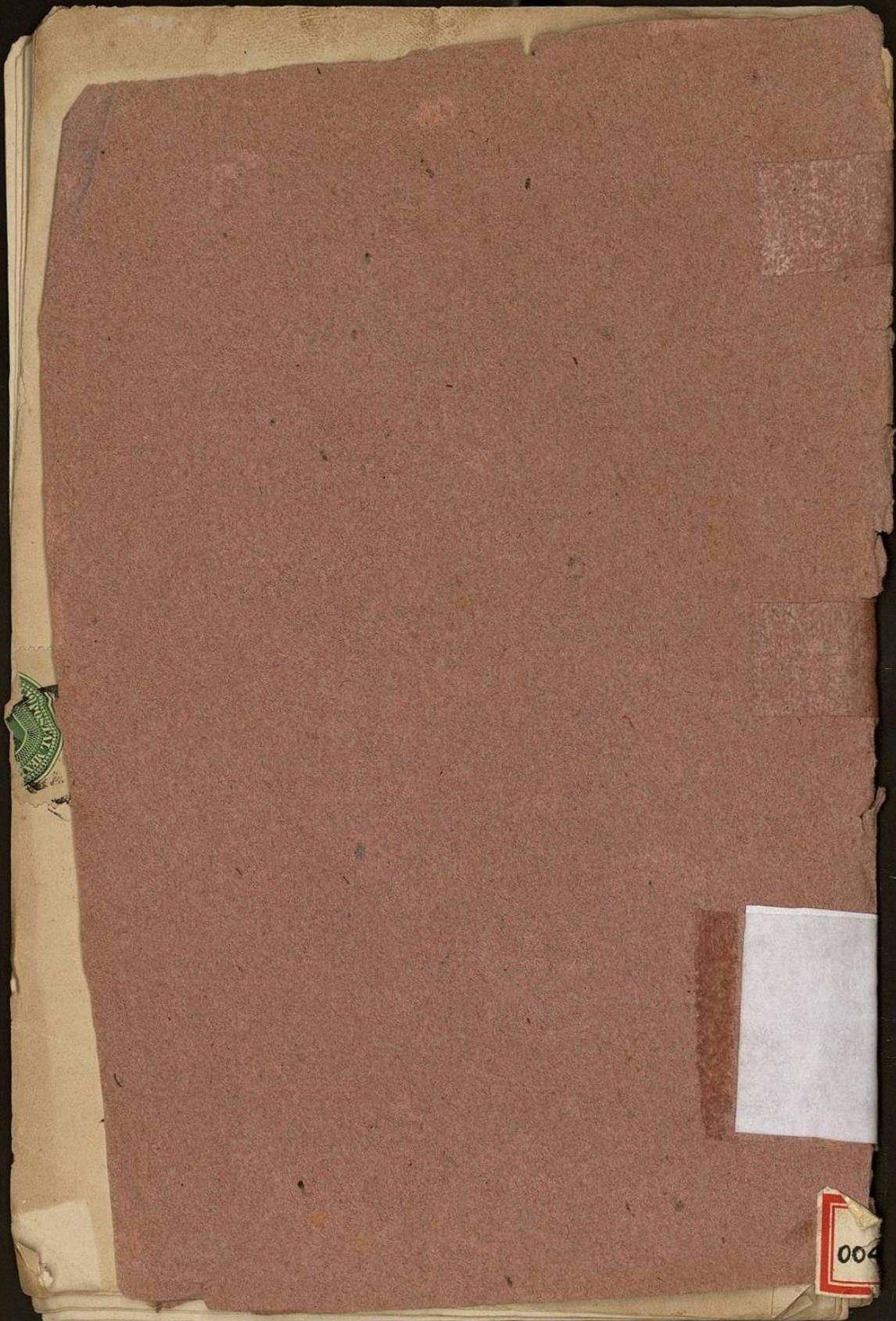
Tomada agua

Alonso y Arce, Senor Oficio Sr. D.

Donna Barona Leon

(Spain)





Small, partially torn green label with illegible text.

Small, rectangular white label.

004